

del mal humor del partido clerical. Ese partido, en la actualidad, como siempre, pretende pedir la libertad, pero quiere la dominación.

(*La Nación*, Buenos Aires).

Cadisch

Keine Messe wird man singen,
Keinen Kadosch wird man sagen,
Nichts gesagt und nichts gesungen
Wird and meinen Sterbetage.

HEINE

NADIE dirá *Cadisch* en mi tumba». Así dice Enrique Heine y lo dice en su poesía más dolorosa y más triste. Mientras su cuerpo yacía vencido en el sillón y los párpados inmóviles cubrían rígidamente sus pupilas en que aún vibraba el recuerdo de las visiones antiguas—el Rin en las noches de plata, bordeado de tilos y a su sombra la silueta desvanecida de Loreley—evocaba la vida vivida en la angustia, en una especie de soledad tumultuosa y aturdida, llena de esperanzas heroicas y de sueños magníficos. ¿Dónde estaban esas esperanzas del tiempo del tambor Legrand y de los amores con la inefable y simple Carlota? Cuando el poeta lograba levantar un párpado con la mano trémula, adelgazada por largos padecimientos, veía caer la nieve sobre las calles de París y recordaba la época distante en que la ciudad milagrosa apareció por primera vez ante sus ojos alucinados. Creía entonces que cabalgaba el sublime rocín de D. Quijote y se puso, fiero de ira y lleno de denuedo, a embestir contra los molinos y a rescatar con su espada las princesas cautivas y a vengar la justicia ofendida. ¡Días lejanos, días sumergidos en lo hondo del pasado! Ahora, su rocín quijotesco era aquel sillón de retorcidos brazos y de alto respaldar y afuera caían lentos copos de nieve. En una tarde así, mientras Matilde peinaba a su perrito, pensó en la nieve que caía sobre las callejas angostas del cementerio, el cementerio donde reposan los cadáveres bajo el benigno cielo francés. Y pensó también que siendo judío, no había tristeza mayor para su alma como la de no dejar detrás suyo a alguien que le tribute el homenaje lúgubre de la oración de los muertos, el sagrado *Cadisch*, que es la perpetuación después de la vida. Fué cuando compuso la doliente lamentación: «Nadie dirá *Cadisch* en mi tumba».

¿Nadie? Hace muchos inviernos que la nieve cae sobre la lápida del dulce poeta de los cantares y aún vive su imagen hermosa y melancólica en la memoria de los hombres como si todavía estuviera reclinado en el sillón, arrimado al cristal de la ventana y mirando deshacerse en el aire los copos blancos. Y en los corazones de los hombres resuena, como resuena en mi corazón, el canto gimiente. Es invierno y hace frío. Pienso en las cosas que fueron, en los sueños que ya no se realizarán, en las esperanzas que se borraron. Y al evocar la vida solitaria y profunda de aquél cuyas palabras se abren en nuestras almas como rosas en la mañana del fresco jardín, digo al poeta:

—¡Oh divino ruiñeñor que huiste de la fronda de los tilos germánicos para anidar en la copa de los anchos castaños que sombrean las avenidas de París! ¿Cómo pudiste creer que nadie rendiría el supremo tributo al borde de tu sepulcro? Heme aquí, como todos los que han sabido de sinsabor y de amargura, y en recordación tuya, con humildad y con tristeza de huérfano, recito la oración que comienza con las memorables palabras, en el idioma armonioso y remoto de los profetas: *Isgadel Veiscadeisch...*

ALBERTO GERCHUNOFF

(*Vida Nuestra*, Buenos Aires).

EJEMPLOS

Educación estoica

Las liebres de los iroqueses

PARA rebajar y malear nuestra protesta contra la censura, se ha dicho que al escritor, al articulista, le hiere, no por limitar su libertad, sino por reducir el número de asuntos. Esto creen que nos hace daño. Error. Mejor dicho, malignidad, y también ignorancia. Sólo se puede llegar a ciertos temas de interés relativo, cuando los otros, fuertes y apasionantes, están vedados. Sólo al ponerse el sol empiezan a asomar las estrellas. Y si la comparación es demasiado pretenciosa, bajaremos el tono para convencerles de su error a cuantos imaginan que el no poder hablar con claridad reduce, por lo menos, el número de nuestras palabras. Esta buena gente conoce, de seguro, el cuento de aquel lugareño que de tres maneras lo sabía decir: *porcuraor*, *precuraor* y *percuraor*. Para llamarle bien al procurador no tenía más que una. Las vueltas, los circunloquios, traen forzosamente, abundancia, así como la falta obligada de precisión y claridad nos hace buscar por veinte atajos distintos un camino llano y fácil que no admite desviación, y como se dice en el pueblo, que «no tiene pierde».

El hecho es que, siendo imposible el acceso a los grandes temas, procuramos aproximarnos a otros que hubieran quedado, en cualquiera otra situación, muy en segundo término. ¿Podríamos, de otro modo, dar preferencia a un libro sobre educación y deducir interés político del hecho de haberse publicado la primera versión española del *Levana*, de Juan Pablo Richter? Por nuestra parte, sí. Por la del público, no sabemos. Y si en otros momentos hubiéramos vacilado, ahora nos dejamos llevar de nuestra inclinación natural a considerar como un suceso importante la aparición de esta obra clásica que interesa a los maestros y a los padres.

Porque el *Levana*—libro de principios del XIX, viejo de más de cien años—no lo teníamos aquí, ni en versiones francesas. Ha sido muy difícil hincar el diente en el estilo apretado, imaginativo e intenso de Juan Pablo, más profundo y quizás más arbitrario, pero del mismo género de dificultad que el estilo de Carlyle. En la *Revue Germanique*, comenzaron a traducir antes de la guerra del 70—quizá por consejo de Renán,—esa teoría de la Educación; pero no pasaron de la mitad. Aquí ha hecho la versión castellana, para LA LECTURA, el señor Ontañón, y su trabajo es verdaderamente meritorio.

Hacia tiempo que conocíamos una frase de Juan Pablo que ha circulado mucho hasta en los apuntes de Pedagogía de la Escuela del Magisterio. Se refiere al valor, al temple de ánimo que descuidaban entonces los maestros alemanes, y habla esa frase de los iroqueses, «que hacían dioses a las liebres». Es la primera página que hemos ido a buscar ahora, por ver cuál género de valor considera Juan Pablo Richter deseable, y si en su concepto de la educación está limitado a una preparación enérgica que acostumbra al ciudadano alemán, desde niño, a dar y recibir grandes golpes. Por fortuna para nuestra devoción por el gran humorista—este humorista debe situarse aparte de todos los demás, pues tiene lirismo, capacidad de comprensión y abundancia de ideas, entre las cuales no deja de haber algunas optimistas,—por fortuna, el valor no consiste sólo en la buena disposición del soldado para entrar en batalla, ni del oficial para mandarle, ni del jefe supremo para lanzarse a la guerra. Es algo más que eso. Juan Pablo quiere acercar, en lo posible, los niños a la escuela estoica. El estoicismo es valentía en la vida, combate perpetuo. Además del estoicismo, Juan Pablo predice la fidelidad a un ideal. Un ideal que puede no ajustarse a la realidad, y exponerles a error. «Pero, ¿qué